La trucha de oro del río Darro



Su cueva era pequeña, muy bonita y acogedora. Tallada en la ladera del cerro y con una vereda para llegar hasta ella. En la puerta tenía un pequeño rellano, donde crecían algunas plantas y servía, además, de mirador hacia el valle del río Darro y hacia la Alhambra. Y ya dentro, se abría una amplia sala, dos habitaciones a los lados y otra tercera, al fondo, una lacena y, en el rincón de la izquierda, las cantareras. A la derecha, según se entraba en la sala, había una acogedora chimenea donde casi siempre y, más en invierno, ardía una lumbre. Por las mañanas, en esta lumbre hacían migas y freían trocicos de chorizo y pimientos. Y por las noches, sentados ellos al calor de las llamas y brasas de esta candela, asaban castañas, bellotas, setas, patatas… Y, mientras esto sucedía y el tiempo pasaba, en muchos de estos ratos y momentos, tanto de la mañana, a lo largo del día y por la noche, el padre trenzaba cestas de esparto. También de mimbre y de cañas recogidas en las riveras del río Darro. Vendía luego estos objetos por las calles del barrio y entre los vecinos.

La madre, en algunas de estas ocasiones, aprovechaba para contar a sus hijos cuentos. Y entre los muchos relatos que los jóvenes ya habían oído de boca de la madre, estaba la leyenda de la Trucha de Oro. A la hermana le gustaba tanto este relato, que una vez más, aquella noche de invierno, no demasiado fría, preguntó a la madre:

- Y desde aquellos días hasta hoy ¿nadie ha encontrado todavía este pez de oro?
- El príncipe de esta historia, vivía en unos de los palacios de la Alhambra y un día prometió casarse con la muchacha que le llevara la trucha de oro que vive en las aguas del río Darro. Y desde aquellos días hasta hoy, muchas jóvenes han buscado este pez en el río pero todavía nadie lo he encontrado.
- A lo mejor es que este pez de oro nunca ha existido ni vive en las aguas de este cauce.
- Algunas personas muchas veces han pesando eso pero otros, creen lo contrario: que la trucha de oro existe solo que, una persona muy concreta y por las circunstancias que sean, tendrá la suerte de encontrarla.

- ¿Y sabes tú si esa persona concreta debe tener alguna característica espacial?
- Creo que sí pero no sé decirte qué. Quizá el día que esto se sepa puede que lo de trucha de oro se haga realidad.
Y soñando un bello y muy íntimo sueño, ella volvió a preguntar a la madre:
- ¿Crees tú que si la busco yo podría encontrarla?
- Eso nunca se sabe.

En el río Darro, siempre hubo oro. Su nombre precisamente significa eso. Procede de la palabra latina *aurus,* que los árabes cambiaron por *hadarro* y los cristianos la renombraron Dauro que quiere decir que da oro. Y por eso, desde tiempos muy lejanos y hasta no hace mucho, en las aguas de este río, muchas personas buscaron oro. Cuando el río Darro, en su descender de las Sierras de Huétor Santillán, se aproxima a Granada, antes del Paseo de los Tristes y todavía lejos de la Alhambra, forma como un pequeño valle. Justo por donde hoy se encuentra el barrio del Sacromonte, en otros tiempos conocido este lugar como “Valle del Valparaíso”. Por aquí, el río tenía aguas tan limpias que hasta vivían truchas en ellas. Muchas personas de Granada, del Albaicín y del Sacromonte, lo sabían y por eso bajaban al río a pescarlas. Por un pequeño vado en este valle del Valparaíso, los dos hermanos siempre cruzaban las aguas, subidos en su borriquillo. Porque en las tierras llanas, por el lado donde en el valle se encuentra la Fuente del Avellano, ellos tenían un pequeño huerto que sembraban de tomates, pimientos, calabazas, berenjenas…

Y aquel día, cuando ya el sol comenzaba a caer al fondo de la Vega de Granada, los dos hermanos aparejaron al borriquillo, en la misma puerta de su cueva, en las laderas del Sacromonte. La madre, momentos antes, les había dicho:
- Id a la huerta y coger patatas y unos kilos de tomates. Los necesito para preparar la comida.
Y el hermano mayor, enseguida se puso mano a la obra. Le colocó el aparejo al borriquillo y luego las aguaderas, se subió él y la hermana detrás y bajaron por la sendilla dirección al río y a la huerta. A lo largo del trayecto ella le iba diciendo al hermano:
- Si un día yo me encuentro la trucha de oro del río Darro ¿tú que harías?
Y sin pensarlo mucho, el hermano le contestó:
- Primero, no se lo diría a nadie. Segundo, iría enseguida a la Alhambra y preguntaría por el príncipe que prometió casarse con la joven que le llevara la trucha de oro. Tercero, sin tardar, mostraría este pez de oro al príncipe y le recordaría la promesa que tiene hecha. Y cuarto, esperaría impaciente, temblando de emoción, su respuesta.
- ¿Y tú crees que él se casaría conmigo, si le muestro la trucha de oro y se lo pido?
- Si el príncipe prometió eso, seguro que cumplirá su palabra. Los príncipes siempre son buenas personas y cumplen lo que prometen.

Llegaron al vado del río y ella dijo al hermano:
- Yo me bajo y quedo aquí. Ve tu solo a la huerta y, mientras recoges los tomates y patatas que necesita madre, intento pescar algunas truchas en el charco azul. Luego nos las comemos esta noche, asadas en las ascuas de la lumbre y acompañadas con las patatas que traigas tú.
Le pareció bien al hermano lo que ella proponía y por eso le ayudó a bajarse del borriquillo. Siguió él rumbó a la huerta, cruzó el vado del río y al poco se perdió por el caminillo que llevaba a las tierras de su cosecha. Y ella, sin perder tiempo, enseguida se preparó para llevar acabo lo que había planeado.

Unos metros más abajo del pequeño vado en el río, se encontraba en charco azul. El de las aguas transparentes, verdes y azules, en muchos momentos del día y, al caer las tardes, doradas y brillantes. Porque al ponerse el sol, en algunas épocas del año, comenzaba a taparse por lo que es hoy la Torre de la Vela. Y desde aquí

mismo, algunos rayos de sol y a unas horas muy concretas, parecían salir de las paredes de esta torre y alargase hasta la superficie del charco que a ella le gustaba tanto. Por eso, junto a este charco, un día y con la ayuda del hermano, construyeron un pequeño chozo. Algo así como una casita de monte y de madera, todo natural y salvaje, pero en forma de cono y donde solo cabía ella y el hermano. Y a esta tan especial y particular casita suya le gustaba venirse en muchas ocasiones. A veces para desde aquí observar las aguas del charco y ver las truchas nadando en ellas. Otras veces también para observar y distraerse con las ranas que de un lado a otro saltaban y también para ver a las mariposas que, de aquí para allá, iban y venían. Pero lo que más le gustaba observar desde su silencioso y acogedor chozo era el revolotear de algunas aves: patos silvestres, mirlos acuáticos, algún martín pescador y también lavanderas cascadeñas. El charco azul estaba lleno de vida y por eso, todos estos animalillos y otros más, acudían aquí en busca de comida. Una de las mariposas que con frecuencia por el lugar revoloteaba, le fascinaba aun más que las avecillas y las truchas. Por sus brillantes colores, por sus grandes alas, por su forma de mecerse en el viento y por su halo de misterio. Verla revolotear por allí cerca en los momentos en que el sol se ponía, le llenaba de intriga y le dejaba con la boca abierta. Sin saberlo siempre se preguntaba: "¿Quién es esta mariposa, qué busca por aquí y qué es lo que se esconde en ella"?

También la muchacha, desde esta casita de monte y de madera y en compañía del hermano, pescaban truchas del río. En otras ocasiones se bañaban. Sobre todo, en verano y en las calurosas tardes que en todos los tiempos se han dado y dan en Granada. Cuando esto sucedía, ella disfrutaba tanto que siempre le decía al hermano:
- Si un día me caso con algún príncipe de los que viven en la Alhambra lo primero que voy a pedirle es que me construya un palacio junto a este charco.
- Si en la Alhambra ya hay palacios y todos fantástico ¿para qué quieres otro junto a esta agua?
- Porque así, cuando mire a este charco o cuando nade surcando las aguas que en él se remansan, podré ver el cielo por arriba y por abajo. ¿Tú no has visto que bello el azul del cielo se refleja y por las noches la luna y las estrellas?
Y el hermano callaba. Ella seguía diciendo:
- Yo creo que la Alhambra aun será más grandiosa si mi príncipe me construye un palacio junto a esta agua. Por eso quiero que él también sea un enamorado, como yo, de este río Darro.
Y ahora si argumentaba el hermano:
- Pues ojala un día tu sueño se haga real para que también y pueda vivir junto a ti en este palacio.

Ella se aproximó despacio al charco azul. Tapándose con las ramas de los arbustos para que no la vieran las truchas ni se asustaran las ranas. En su mente iba imaginando la forma, el tamaño y el color de la trucha de oro y en su corazón soñaba. Para sí se decía: "Se la llevaré enseguida al príncipe de la Alhambra y esperaré impaciente su mirada y su respuesta. ¿Qué me dirá al verla y verme? ¿Será alto, moreno, recio y bello? ¿Y qué sucederá esa noche en la Alhambra, en Granada y en este barrio mío? ¿Habrá grandes fiestas?" Estas cosas y otras parecidas ella se iba preguntando mientras se aproximaba al charco y el hermano se alejaba con el borriquillo hacia las tierras de la huerta, en busca de las patatas y tomates. Y lo hacía tranquilo y sin ninguna preocupación por haber dejado a la hermana sola junto al río. Por eso, en cuanto llegó al huerto, se apeó del borriquillo, ató el cabestro en el tronco de un almendro, cortó unas matas de maíz, verdes y tiernas y se las echó al rucio diciendo:
- Ve comiéndote este manjar que tanto te gusta mientras yo recojo los tomates. Luego te traigo más y un par de lechugas y dos o tres flores de girasoles. No para que te las

comas porque estas flores a ti no te gustan pero a ella, sí. Por eso las pondré con cuidado sobre tu cabeza y se las llevaremos. Ya verás como se alegra.

Y se puso a coger primero los tomates. Buscó los más gordos y rojos y, en poco rato, encontró los suficientes. Luego se puso a sacar de la tierra unos cuantos kilos de patatas y, cuando ya tenía la cantidad que necesitaba, las cargó en las aguaderas del borriquillo. Echó en la cesta de mimbre los tomates que había cogido y también los colocó en las aguaderas, en el otro lado para que hicieran contrapeso. Buscó tres o cuatro bonitas flores de girasoles, las cortó dejándole un trozo de tallo como de medio metro, las colocó sobre la cabeza del asno y le dijo:
- Ahora estás mucho más guapo. Como si te hubiera adornado par llevarte a un concurso o a la fiesta de algún palacio.
Y desató el cabestro del tronco del almendro, llevó al animal cerca de una gruesa piedra que había junto al camino, se subió en ella, dio un salto y se colocó en lo más alto del lomo del borriquillo. Lo espoleó diciendo:
- Venga, ponte en camino y regresamos. Ya has comido tú, yo tengo mi cosecha sobre tu lomo colocada y aquí tenemos las flores para la hermana. Solo nos falta ella. Seguro que ya no estás esperando en el mismo lugar donde la dejamos hace un rato y con algún par de buenas truchas. ¡Tú no sabes lo lista que es ella!
Y el borriquillo comenzó a caminar despacio, siguiendo la vereda, hacia el vado del río.

Conforme se iban acercando a la corriente, desde el lomo del animal, comenzó a llamar a la hermana.
- Ya estoy de vuelta. Vente preparando que regresamos a nuestra cueva. Y ve preparando también tu ánimo que te traigo un regalo.
Pero enseguida comprobó que la hermana no contestaba. Por eso la llamó otra vez diciendo:
- ¿No me oyes? Vente para el vado del río que estamos llegando.
Pero la hermana no respondía. La llamó por tercera vez y tampoco obtuvo ninguna respuesta ni señal de vida. Avivó al borriquillo diciendo:
- Date más prisa y crucemos el vado. Cuando no responde es porque algo le ha pasado.
Y nada más cruzar la corriente del río se apeó del borriquillo, buscó la rama del fresno que había a la izquierda, amarró en ella el ronzal y otra vez le dijo:
- Espera aquí que enseguida vuelvo. Voy a buscarla.
Río abajo, siguiendo la sendilla de la orilla, caminó apresurado mientras no paraba de llamarla:
- ¿Dónde te has metido? La tarde está llegando a su fin y la noche no tardará en llegar.
Pero ella seguía sin dar ninguna señal de vida.

Se fue él derecho al lugar del río donde sabía que, junto al charco, se encontraba en chozo. Se decía: “Puede que se haya metido dentro y se haya quedado dormida”. Pero no había caminado ni cien metros cuando sucedió algo que le dejó por completo perplejo: de la curva del río donde él sabía estaba el charco y el pequeño chozo, vio salir como una densa nube blanca. Como si una bocanada de niebla de pronto surgiera del río y se elevara por el aire hacia la Alhambra y hacia el cielo. Se quedó parado, mirando e intentando descubrir qué pasaba ahí pero nada sacó en claro. Siguió avanzando y de pronto se dio cuenta que ni el charco ni el chozo estaban. Solamente la pequeña curva del río, el tupido bosque de la rivera y, más abajo, el surco del cauce perdiéndose hacia Granada. Miró con más atención y se acercó otro poco y la llamó. No contestó ni encontró señales del charco ni del chozo. Continuó río abajo, siguió llamándola a la vez que buscaba por la corriente y por la orilla opuesta. Ninguna señal ni respuesta a sus llamas.

La noche comenzó a hacerse presente y, preocupado, regreso a donde su borriquillo. Desató el cabestro, subió en él, se puso en camino y nada más llegar a la cueva, dijo a sus padres:
- La hermana se me ha perdido.
Sorprendidos ellos lo miraron preguntando:
- ¿Qué se ha perdido?
- Se quedó en el río mientras fui a por los tomates y, al volver, ni rastro de ella.
- Pero eso ¿cómo ha sido?
- Es lo que me estoy preguntando.
Y enseguida los padres dijeron:
- Que no se entere ningún vecino para que no cunda la alarma ni se levanten los cuchicheos pero vamos ahora mismo a buscarla.
El hermano descargó rápido lo que traía en el borriquillo y la madre colocó, en un bonito jarrón de barro, las flores de girasoles. La puso en la habitación de la hermana, se pusieron algo de ropa porque, por las noches y en esta zona de Granada, siempre refresca, cogieron y par de palos para ayudarse en las malezas del río y unas antorchas y bajaron por la sendillas en su busca. La noche ya se había cerrado y era oscura, algo fría y con muchas estrellas en el cieno pero sin nada de luna. Encendieron las antorchas y se fueron derechos al chardo, donde el chozo que a ella tanto le gustaba. Y una vez más comprobaron que las dos cosas habían desaparecido. Por eso la llamaron y se fueron río abajo. Llegaron casi hasta el Paseo de los Tristes, a los mismos pies de la Alhambra y luego se volvieron. Subieron corriente arriba casi hasta el lugar conocido como Jesús del Valle, sin parar de llamarla y de mirar en los charcos, entre los arbustos y recodos del río. Ninguna señal de la hermana.

Pasó la noche y, cuando amanecía, se fueron otra vez para donde el charco y el chozo. Y justo cuando se aproximaban al rincón, el asombro se apoderó de ellos. De la curva del río del charco azul, vieron salir como una densa bocanada de humo y no era ni niebla ni vapor. El sol comenzaba a levantarse por encima de la cumbre hoy conocida como Llanos de la Perdiz. Por eso, sus luminosos rayos, incidieron sobre la blanca nube que del río salía y ésta brillo como llamas vivas. Dibujó en el espacio, por encima del río, como la figura de una gran mariposa y luego se fue transformando en la figura de una trucha. Relucía tanto que casi se quedaron ciegos y por eso cerraron los ojos. Dijo el padre:
- Esperad un rato y los abrimos. Quizá esta nube y rayos de sol duren solo un momento.
Y sucedió esto. Al abrir de nuevo los ojos ya ni vieron el resplandor ni la nube ni los rayos del sol. Pero sí apareció ente ellos el chozo de siempre y el charco que conocían. Despacio se acercó el hermano y la vio a ella dentro del chozo. Estaba sentada en el suelo, mirando a las aguas del charco y muy quieta y concentrada. Por detrás, el hermano se aproximó muy quedamente, procurando no meter ruido, le puso las manos sobre el hombre y se disponía a decirle algo cuando ella se le adelantó preguntando:
- ¿Eres el Príncipe de la Luz?
Inmóvil se quedó el hermano por un momento y luego dijo:
- Soy tu hermano.

Volvió ella su cabeza para atrás y al verlo le dijo:
- Me has asustado.
En ese momento llegaron los padres y también dijeron:
- Asustados estamos nosotros. Hija mía ¿Dónde te has metido?
Tardó un poco en responder y luego dijo:
- Ahora mismo lo estaba esperando.
- ¿A quién estaba esperando?
- Me dijo que, al amanecer, vendría un día de estos.

- ¿Dónde lo conociste y por qué te dijo que lo esperaras?
- Quizá no sepa explicarlo bien pero yo estaba sentada dentro de este chozo. Miraba las aguas del charco y me disponía a pescar una trucha cuando vi esa gran mariposa de siempre. Se puso muy cerca de mí y se me ocurrió preguntarle por la trucha de oro. En ese momento, yo no sé qué pasó pero, del charco y del río, surgió como una densa bocanada de vapor. Humo parecía y también niebla pero no era ninguna de estas dos cosas. Alguien se puso a mis espaldas, posó las manos sobre mis hombros y me preguntó:
- ¿De verdad quieres ver y tener en tus manos la trucha de oro que vive en este río?
- Lo deseo con todas mi fuerzas.
- Pues no preguntes nada ni mires para atrás. Dame tu mano y déjate guiar.

Hice caso a lo que me dijo y al instante sentí el calor de su mano apretándose contra la mía. Tiró de mí, me levanté, lo seguí, caminamos despacio durante un rato, creo que cerca del cauce de un río porque hasta mis oídos iba llegando su ruido y luego me dijo:
- Mantén tus ojos cerrados hasta que yo te lo diga.
De nuevo le hice caso y, como unos diez minutos después, me volvió a decir:
- Prepara tu corazón porque voy a pedirte que abras los ojos. Mira concentrada todo cuanto ante ti aparezca, no preguntes nada, observa atentamente y no te pierdas ningún detalle. Cuando pase un rato, puedes hacer solo tres preguntas y luego tendrás que cerrar otra vez los ojos. ¿Estás preparada?
Y llenando de valor mi corazón le respondí:
- Lo estoy.
- Pues abre tus ojos ya.
Y los fui abriendo muy lentamente.

Guardó la hermana silencio y la madre, conteniendo la respiración, le preguntó:
- ¿Y qué viste?
- Antes de ver nada, a mis oídos empezó a llegar como el rumor de muchas aguas: cascadas, ríos y olas suaves. Impresionada por este rumor que más parecía música de regiones muy lejanas, miré para mi izquierda y vi no una sino ciento de cascadas de aguas muy limpias que caían como de Sierra Nevada. Y digo esto porque al fondo y a lo lejos, como a través de una gran ventana con cristales en todos los colores, se veía Sierra Nevada mucho más bella y misteriosa que la he visto en mi vida.
- ¿Te dijo o descubriste de dónde surgían estas cascadas?
- No me dijo ni descubrí nada ni tampoco me entretuve mucho porque, frente a mis ojos, a la derecha y al fondo, descubrí como una inmensa bóveda, toda reluciente y con hermosísimos brillantes incrustados en las paredes. Unos eran de color azul, otros rojos sangre, amarillos oro, verdes agua y bosque fresco…Era tanta la luz que entraba por la gran ventana que se abría hacia Sierra Nevada, que toda la gran bóveda por dentro estaba intensamente iluminada. No era de noche sino claro día lleno de sol y cielos azules. Lentamente me fui volviendo para mi derecha y las paredes de la grandiosa bóveda cada vez parecían más transparentas y con millones de colores, brillantes y líquidos. Seguí girando mi cabeza y cuando llegué a lo que tenía a mis espaldas, descubrí una ancha escalera, tallada en cristal azul violeta. Y, de pronto, bajando por esta escalera, me vi yo. Toda engalanada con el más hermoso de los vestidos de seda, azul muy clarito con tonos verde agua y destellos rosados. Avanzaba despacio como en busca de algo y, en ese momento, lo vi frente a mí: Alto, muy fuerte, joven como la luz de un nuevo día, ojos negros y pelo oscuro y todo vestido casi con los mismos colores de la gran bóveda. Me tendió la mano y yo le ofrecía la mía y le pregunté:
- ¿Eres el príncipe de la Trucha de Oro?
Me dijo que sí y a continuación me indicó que solo podía hacer tres preguntas.
- Y ya has hecho una.

Me quedé un momento pensando y luego oí que me dijo:
- Se nos acaba el tiempo. Tienes que salir de aquí antes de que amanezca y te quedan dos preguntas.
Y sin esperar más pregunté:
- Este lugar donde estoy ahora ¿qué es y dónde se encuentra?
- Es parte de mi reino y se encuentra bajo los palacios de la Alhambra. En el corazón mismo de la gran montaña pero no pertenece a la dimensión en que viven los humanos.
- Y la trucha de oro que yo busco ¿de qué modo podré encontrarla?
- La trucha de oro vive en las aguas del río Darro. Yo soy el Príncipe de la Luz y dueño del Reino de la Belleza, parte de lo que ahora mismo estás viendo. Y también soy esa mariposa que tanto te gusta a ti y has visto muchas veces. Ahora ya no puedes hacer más preguntas. Pero sí te diré que para encontrar la trucha de oro tienes que ver primero a la mariposa. Yo soy ella. Cuando me veas pregúntame y te diré dónde vive la trucha y de qué modo podrás cogerla. Y ya no puedo decirte nada más.
Y en ese momento, sentí como si para siempre perdieran la gran oportunidad que tanto tiempo he estado soñando. Por eso le regué:
- ¡Por favor, permite solo una pregunta más! Solo una y ya está.
Me miró muy dulcemente y me dijo:
- Por la gran sinceridad con que me lo pides, te concedo hacer una nueva pregunta. La última. ¿Qué quieres saber?
- ¿Qué condición, cualidad o virtud se ha de tener para poder encontrar y coger la trucha de oro del río Darro?
- Solo una condición, cualidad o virtud que a su vez deriva en un puñado más. Para ver y coger la trucha de oro se ha de tener un corazón puro y hay que ser amante de la naturaleza y de lo bello. Ya te he dicho que mi reino en la belleza y yo soy el Príncipe de la Luz, símbolo de lo puro. Nadie verá ni cogerá nunca este pez de oro si no está en posesión de lo que te he dicho.

Guardó silencio durante unos segundos y luego me indicó:
- Debes cerrar los ojos, dame tu mano y prepárate para volver de nuevo a tu chozo y a tu charco.
Le hice caso, cerré otra vez mis ojos, sentí que de nuevo me dio su mano, caminamos no sé por dónde ni cuanto tiempo y cuando abrí los ojos vi que una densa bocanada de niebla salía de donde yo estaba. Miré y no lo vi pero sí descubrí que otra vez estaba en este chozo mío de siempre y junto al charco que conocemos.

La hermana guardó silencio como esperando algo. El hermano le preguntó:
- ¿Y por qué, cuando hace un momento puse mis manos sobre tus hombros, preguntaste que si era el príncipe de la luz?
- Él se llama así. Y me pareció entender que esta mañana mismo iba a volver por aquí. Lo estoy esperando porque no quiero que nadie se me adelante y encuentre la trucha de oro que yo necesito. ¡Si supieras lo hermoso que es y la luz, colores, música y belleza que hay en el palacio que me ha enseñado! El Reino de lo Bello ¡cómo será, Dios mío, de mágico!
Dijo la madre:
- Ahora vamos a volver a nuestra cueva. Tú estás cansada y seguro que tienes sueño y hambre. Y tu hermano, de la huerta nuestra, te ha traído un bonito regalo. En nuestra cueva y junto a tu cama, lo tengo para ti preparado. Luego esta tarde, tres horas antes de que se ponga el sol, tu hermano te acompaña y vuelves de nuevo a este lugar por si él quiere venir a verte o a decirte algo.

Diez minutos después, subían los cuatro por la sendilla que llevaba a la puerta de su cueva, en la ladera del Sacromonte. El sol ya se alzaba casi en la mitad del cielo

de la mañana y daba de lleno sobre las torres y palacios de la Alhambra. El día se abría tan hermoso que todo, por las riveras del río, laderas del Sacromonte y colinas donde se alzan los palacios, parecía nuevo. Como si por primera vez alumbrara el sol en la Tierra.